JOSÉ RUBÉN SANABRIA

Simone de Beauvoir Rebelión y libertad

HA MUERTO SIMONE de Beauvoir. Y con ella, quizá, toda una época. Una época no plenamente definida. Pero una época interesante en varios aspectos. Murió Simone seis años después —el 14 de abril de este 1986— que su compañero Jean-Paul Sartre —fallecido el martes 15 de abril de 1980. Dos vidas aunadas voluntariamente en una meta común, dos vidas paralelas orientadas al mismo fin.

Se dice, con frecuencia, una frase que pretende ser un elogio a la mujer: “Detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer.” No es un elogio porque en realidad la frase convierte a la mujer en una sombra: es la sombra del varón, es la proyección del hombre. ¿Por qué no, en todo caso, la mujer al lado del hombre? Pero vayamos a Simone. Ella nunca estuvo detrás, sino al lado de Sartre; unidos para siempre en un ideal común largamente acariciado.

Una vida multifacética, como la de Simone, rechaza la simplificación. Sin embargo, parece que esa vida, rica y plural, se desarrolló dentro de dos coordenadas: la rebelión y la libertad. O, si se prefiere, en Simone el ansia de libertad tuvo como condición para ser posible la rebelión: se rebeló para ser libre. Creyó haberlo logrado. Por ello luchó incansablemente. Hasta el fin. Creyó haberse liberado de todas las alienaciones que por siglos han impedido que la mujer sea ella misma, que tenga plena conciencia de su propio ser y de su propio valor, de su vida y de su destino. Ella pensó que se había liberado. Y se ofreció al mundo como paradigma de quien ha conquistado una categoría humana, igual a la del hombre, más allá y por encima de su condición femenina.

1. En busca de la libertad

Simone Lucie Ernestine Marie Bertrand de Beauvoir nació en París el 9 de enero de 1908 en el seno de una familia pequeñoburguesa. Re-

cibió una educación cristiana, más como parte de la estructura social que como forma de vida. Fue piadosa, tal vez con exageración. Ella misma confiesa: "Era muy piadosa... me confesaba dos veces al mes... comulgaba tres veces por semana, leía cada mañana un capítulo de la *Imitación*; entre clase y clase corría a la capilla del Instituto y oraba allí largamente con la cabeza entre las manos; durante el día elevaba frecuentemente mi alma a Dios".¹ Y continúa: "Yo adoraba locamente a Cristo... Hacía un retiro cada año... Deseaba ardientemente unirme a Dios, pero ignoraba cómo hacerlo".² Incluso decide entrar de monja carmelita para consagrarse solamente a la gloria de Dios. "Yo sabía —dice— que una implacable lógica me llevaba al claustro." A nadie le comunicó su decisión. Únicamente anunció en su casa que ella no se casaría. El padre, sonriente, le dijo: esas cosas son de adultos, no de niños.

En sus *Memorias* Simone narra sus primeros años, su infancia deseosa de libertad. La infancia: he aquí su primera desgracia. Su familia parecería normal: familia burguesa, ambiente delicado, educación católica, una madre amorosa, un padre culto y escéptico. Pero la niña Simone no es feliz; quiere ser ella misma y no modelada por gustos y opiniones ajenas. Ella, en la edad madura, admite paladinamente, junto con Descartes, que todo el mal radica en la infancia. Y expresa: "La desgracia del hombre procede de que ha tenido que empezar por ser niño." Reniega de ser niña, no de haber nacido mujer. Y cómo deseaba no haber tenido que pasar por esa etapa de la vida. "Lo que caracteriza la situación de la infancia es que se halla arrojada en un universo que se le presenta como lo absoluto al que no tiene más remedio que someterse... El mundo verdadero es el de los adultos, a los que tiene que respetar y obedecer. Los toma por dioses. Contra el riesgo que implica la existencia, el niño se siente protegido por esta cubierta que las generaciones humanas han levantado sobre su cabeza".³

Simone es la pequeña, la oprimida, la sojugada. Los adultos son los poderosos, los dominantes, los violentos. Entre la niña y los adultos hay un abismo; son dos mundos enfrentados. Los adultos no la comprenden: "me tomaban por bestia, por cosa". "Esta niña es insociable", "Simone es testaruda como una mula", repetía su padre. Y ella se defiende. Se encierra en sí misma, no juega como las demás niñas, no le gusta salir a la ciudad. En el hogar hay división entre su

¹ *Mémoires d'une fille rangée*, Gallimard, Paris, 1958, página 101. La traducción es mía.

² *Mémoires...* p. 103.

³ *Pour une morale de l'ambiguïté*, Gallimard, Paris, 1974, p. 51.

padre y su madre. “A consecuencia de esto —dice— yo me acostumbré a considerar mi vida intelectual —personificada en mi padre— y mi vida espiritual —dirigida por mi madre— como dos dominios radicalmente heterogéneos entre los cuales no podía haber interferencia”.⁴ Y por supuesto Simone se decide por su padre. Ve la falsedad del mundo de los adultos. Y sobre todo le molesta la pasividad y la resignación de la mujer. Siente el peso de su niñez como una carga insostenible.

Con la infancia terminó la sumisión fingida de Simone —“yo estaba condenada a la mentira”.⁵ Y la oposición se convierte en franca rebeldía. Hacia los doce años se libera del pesado yugo que le habían impuesto. Por naturaleza Simone era radical —o todo o nada— y decide afrontar las consecuencias de su nueva vida. Había perdido la fe. “Comprendí —asegura— que nada me haría renunciar a los placeres de la tierra. ‘Ya no creo en Dios’ me dije un día como del modo más natural. Si hubiera creído en él, no habría consentido en mi interior ofenderle. Yo había pensado muchas veces que todo lo de este mundo nada valía comparado con la eternidad; él valía más que todo; yo lo amaba; ahora de pronto ya no se hacía sentir: todo esto se debía a que su nombre no hacía más que recubrir un espejismo. La idea que yo tenía de él se había sublimado de tal modo que había perdido los contornos, ya nada tenía que ver con la tierra y con la realidad. Su perfección excluía su realidad. Por eso encontré tan poco sorprendente su ausencia en mi corazón y en el cielo. No lo negaba para quitarme de encima un estorbo, más bien me daba cuenta de que ya no tenía nada que hacer en mi vida y *concluí que había dejado de existir para mí*”.⁶

Rechazó al Dios recibido de los adultos, al Dios impuesto. Y ella, Simone, no quiere imposiciones. Ha leído mucho y quiere ser ella misma, quiere encontrar por sí misma su camino en la vida. El Dios impuesto es irreal. Y Simone ya no cree: “tenía que llegar fatalmente a esta decisión y liquidación. Yo era muy extremista para vivir bajo la mirada de Dios diciendo al mundo sí y no. Por otra parte me había repugnado saltar con mala fe de lo profano a lo sagrado y afirmar a Dios viviendo sin él. No podía hacer componendas con el cielo. Por poco que se le rehúse, es demasiado si Dios existe; por poco que se le conceda, es excesivo si no existe. Desde que he visto claro, corté por lo sano”.⁷ Y más adelante asegura: “*mi incredulidad no vaciló*

⁴ *Mémoires...*, p. 59.

⁵ *Mémoires...*, p. 193.

⁶ *Mémoires...*, p. 190.

⁷ *Mémoires...*, p. 191.

jamás". Ya no tiene opresión religiosa ni opresión familiar; es ella misma, ha conquistado la añorada libertad. Pero queda sola, radicalmente sola. Se da cuenta de ello. Y asume con valentía esa realidad: "yo estaba sola. Sola: por primera vez comprendía el terrible sentido de esta palabra. Sola: sin testigo, sin interlocutor, sin recursos". Esta soledad es el precio de haber dejado de ser niña, y sobre todo de haber dejado de creer. Y al experimentar su soledad se da cuenta de que debe empezar a experimentar su libertad.

2. *Los caminos de la libertad*

Derribados los ídolos contruidos en su niñez acontece la "conversión", el inicio de los "caminos de la libertad". Simone empieza su vida juvenil ya sin el obstáculo religioso y familiar. Por ello dice: "cuando renuncié al cielo, se pusieron de manifiesto mis ambiciones terrenas. Era necesario hacerse notar".⁸ La filosofía, que a los quince años había elegido, será el medio para hacerse notar. Decide ser intelectual, escritora célebre. Su ambición es desmedida; su propósito es claro y nadie se lo puede impedir: "apropiarme el mundo".⁹ Se dedica febrilmente al trabajo: organiza sus lecturas, duerme poco, descuida su arreglo personal, evita conversaciones inútiles y habla muy poco con su familia. Cuando asiste a las comidas en casa siempre trae consigo un libro y lo lee mientras come. Aprende griego. Y acrecienta su afán por saber. Entra con prisa por los "caminos de la libertad". La fuerza de su voluntad es superior a su edad. "Me abismé en la lectura —dice— como en otro tiempo me abismaba en la oración. La literatura ocupó en mi existencia el puesto que en otro tiempo tuvo la religión. La penetró completamente y la transfiguró".¹⁰

Había querido ser ella misma. Y estrenó su libertad sólo como rechazo de la ingerencia de los demás. Con avidez busca su camino y avanza entre entusiasmos y fracasos. Pero su mundo ya es otro. Y experimenta que vivir en libertad es vivir en soledad: "*Estoy sola —recuerda. Siempre se está solo. Yo estaré siempre a solas.*" Hacia los diecisiete años siente la necesidad de amar. Lo recuerda y escribe: "lloro, luego amo".¹¹ Su mundo crece. Simone vive su libertad. Se une a movimientos antiburgueses. Pretende igualarse a los hombres, asiste a los salones de baile, pasa en los bares la mayor parte de la noche y bebe, acepta sin más invitaciones de jóvenes a pasear en coche por la ciu-

⁸ *Mémoires*..., p. 201.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Mémoires*..., p. 259.

¹¹ *Mémoires*..., p. 239.

dad. En lo intelectual, sabe por dónde ir: “yo rechazaba a Aristóteles, a Santo Tomás, a Maritain, igual que a los empirismos y materialismos”.¹² No rechaza ser mujer, pero quiere vivir como los hombres: “nunca me ha pesado ser mujer —dice. Más bien esto me ha dado grandes satisfacciones... Los hombres han sido para mí camaradas, no adversarios. Lejos de envidiarlos, mi posición me parecía de hecho privilegiada... Yo presumía reunir en mí un corazón de mujer en un cerebro de hombre. Me encontraba única”.¹³ Ella sabe que esto es verdad. Lo que sintió en su juventud, lo encontró realizado siendo adulta: un cerebro de hombre en cuerpo de mujer.

Ha rechazado a Dios. No le queda más que la tierra. Y descubre que su cuerpo es el medio para vivir en plenitud, para beber todas las copas, para quemarse en todas las llamas. Encuentra que el cuerpo es el medio para vivir en libertad. A veces el pasado vuelve a su memoria. Sabe que en su interior Dios ha muerto, pero la acosa el temor de que resucite: “Una noche —escribe— yo reté a Dios, a que si existía se declarara. *El se estuvo quieto* y desde entonces ya nunca le dirigí la palabra. En el fondo, estaba muy contenta de que no existiera”.¹⁴ ¿Y si Dios existe? Simone no quería vivir en la duda. Por eso optó por la libertad. Y como la libertad —se dice para sí— es un absoluto, no puede coexistir con Dios. Dios no existe porque la libertad es el absoluto. Ella optó por la libertad contra Dios.

3. Encuentro con Sartre

A los veinte años Simone de Beauvoir tiene una amplia cultura, grandes cualidades para escribir, inteligencia penetrante y, sobre todo, una voluntad indómita. Hacia el final de las vacaciones de Pascua conoce a André Herbaud, miembro del “clan intelectual” formado por él y por otros dos jóvenes, Paul-Ives Nizan y Jean-Paul Sartre. Estos tres jóvenes normalistas, antirreligiosos, separatistas, terroristas, formaban una especie de banda. Herbaud trabó amistad con Simone. Le abrió las puertas de un mundo nuevo que le ayudara a desprenderse de su pasado religioso y moral. Después de algún tiempo de esta amistad Herbaud hizo a Sartre un elogio de Simone. Sartre manifestó grandes deseos de conocerla. El encuentro tuvo lugar a principios de julio de 1929. Ella tenía veintiún años. Y recuerda con fruición: “cuando Herbaud le habló de mí, en seguida quiso conocerme, y ahora estaba muy contento de acapararme; a mí me parecía que

¹² *Mémoires...*, p. 324.

¹³ *Mémoires...*, p. 413.

¹⁴ *Mémoires...*, p. 378.

todo el tiempo que no estaba con él era tiempo perdido".¹⁵ Era ya miembro del clan. De ahí en adelante Sartre y Simone marcharían juntos por la vida. Simone confiesa: "cuando lo dejaba, a principios de agosto, sabía que nunca más saldría de mi vida"... "mi vida quedó estrechamente ligada a Jean-Paul Sartre".¹⁶ Quedó cautivada por su pensamiento, sobre todo, y lo aceptó como era: "Sartre era el más terrible de los tres; tenía una cabeza excepcional, pero se le acusaba de beber".¹⁷ Tenían que preparar los exámenes y empezaron a estudiar juntos. "Durante los quince días que duró el examen oral del concurso —dice—, no nos separamos más que para dormir." "A partir de ahora —dirá Sartre a Simone— yo te tomo de la mano." Con él aprendió filosofía, un lenguaje nuevo, una actitud rebelde y revolucionaria ante la vida.

Simone se creía única. Pero ante Sartre tuvo que reconocer: "Era la primera vez en mi vida que yo me sentía intelectualmente dominada por alguno".¹⁸ Admiración por el talento de Sartre, amor por sus cualidades viriles. Deciden unir sus vidas, pero en un amor libre porque ni Simone ni Sartre aceptan el matrimonio. "Sartre —asegura Simone— no tenía la vocación de la monogamia; le gustaba estar en compañía de las mujeres, a las que encontraba menos cómicas que los hombres; no comprendía, a los veintitrés años, el renunciar para siempre a su seductora diversidad." De todos modos ella lo ama y lo acepta como es. El propone la fórmula de su relación: "Entre nosotros se trata de un amor necesario, pero conviene que también conozcamos amores contingentes." Ambos cumplieron este pacto filosófico: él tuvo muchos amores contingentes, ella no tantos. Aun así llegó a sentir celos porque Sartre volvió, en el mismo año 1929, con Simone Jolivet —es "Camille" a la que había conocido desde 1925 y "a la que estaba muy apegado".

En ese mismo 1929 Simone alquila un departamento para independizarse totalmente de sus padres. Tiene por fin la plena libertad que tanto había deseado. "¡Qué gozo poder cerrar mi puerta y pasar mis días lejos de todas las miradas curiosas!".¹⁹ Es libre. Puede volver a casa a la madrugada, leer toda la noche, si le place, salir a la hora que quiere, cumplir sus caprichos. Ella y Sartre completamente libres: "la libertad era nuestra única regla". Y tenían que luchar por el hombre nuevo. Sabían que había que empezar desde los fundamentos: "en todos los campos ignorábamos el peso de la realidad. Nos

¹⁵ *Mémoires...*, p. 336.

¹⁶ *La force de l'âge*, Gallimard, Paris, 1960, p. 10.

¹⁷ *Mémoires...*, p. 433.

¹⁸ *Mémoires...*, p. 480.

¹⁹ *La force de l'âge*, p. 15.

propusimos como lema una *libertad radical*”²⁰ Buscan una libertad sin límites, una libertad con proyección al infinito. “No pertenecíamos a ningún lugar, a ningún país, a ninguna clase, a ninguna profesión, a ninguna generación. Nuestra verdad estaba en otra parte. Se inscribía en la eternidad, y el futuro la revelaría: éramos escritores”.²¹ Esta libertad total se manifiesta como tenaz oposición a todo lo establecido. Se ufanan de no tener modelos de vida ni normas ajenas que cumplir. Son anarquistas. Son antiburgueses, antiespiritualistas —casi antitodo— porque creen que su libertad omnipotente surge de sí misma y es desafío constante que se basta a sí misma en perpetuo comenzar.

Varias circunstancias personales los obligan a separarse por algún tiempo, pero siempre buscan la oportunidad para verse y estar juntos. Ella confiesa: “A mis ojos sólo contaba el tiempo que estaba con Sartre.” Precisamente para estar siempre juntos Sartre le propone que se casen. Así, por ejemplo, les darían clases en la misma ciudad. Pero Simone no acepta. “Esta perspectiva me cogió desprevenida. Hasta el momento no habíamos ni siquiera soñado en atarnos a la costumbre: la idea de casarnos nos era extraña. En principio nos repugnaba. Teníamos dudas en muchos puntos, pero nuestro anarquismo era tan sólido y tan agresivo como el de los viejos amantes de la libertad; como a ellos nos llevaba a rehusar la ingerencia de la sociedad en nuestros asuntos privados. Eramos hostiles a las instituciones porque la libertad se aliena en ellas, y hostiles a la burguesía de donde han nacido: lo más normal nos parecía acomodar nuestra conducta a nuestras convicciones. Vivir solteros nos iba bien”.²² Simone no podía ceder a la sugerencia del matrimonio porque éste —piensa ella— multiplica las obligaciones y puede incluso matar el amor. “No me fue preciso deliberar, no tuve la menor duda, no me puse a calcular, mi decisión se tomó en mí sin mí.” Es una decisión de acuerdo a su libertad. El matrimonio, además, nada añadiría a lo que estaban viviendo. ¿Los hijos? ¿Para qué! Simone confiesa: “Ningún fantasma afectivo me ligaba a la maternidad; simplemente eso no era para mí; al quedar sin hijos, yo seguía mi condición natural”.²³ La relación entre ellos había surgido en la plena libertad ¿por qué suprimirla con el matrimonio? Por eso afirma: “Si un hombre hubiera tenido tanto egoísmo y mediocridad para pretender reducirme, yo lo habría juzgado, lo habría detestado y me habría separado de él.”

²⁰ *Ibid.*, p. 19.

²¹ *Ibid.*, p. 24.

²² *Ibid.*, p. 81.

²³ *Ibid.*, p. 83.

Simone procura acrecentar su cultura y trata de estar al día en los diversos aspectos del mundo intelectual. Ella y Sartre deciden viajar y conocen casi todo el mundo.

4. *Entre femineidad y libertad*

Simone quería ser ella misma. Y casi lo era. Por más que rehúsa ser mujer en relación, lo es: su vida gira en torno a Sartre. Dos libertades que se unen para hacer una libertad más radical y más agresiva, aunque de hecho no sea así. Ella ha ejercido su libertad más bien tratando de igualarse a los hombres que como mujer. Confiesa que el arreglo personal no tiene sentido: le parece perder tiempo. Su oposición a lo burgués la lleva a rechazar lo que pueda asemejarse al lujo. No le importa la opinión de los demás. Bebe y fuma sin miramientos. Frecuenta reuniones de hombres y no de mujeres. Muchos pensaron que procuraba esconder su condición de mujer. Ella protesta en varias ocasiones porque se piensa que reniega de ser mujer. Y pregunta: "¿acaso he escrito yo jamás que las mujeres son como los hombres? ¿Acaso he pretendido no ser una mujer? Al contrario, mi esfuerzo ha sido tratar de definir en su particularidad la condición femenina que es la mía. Recibí una educación femenina; terminados mis estudios mi situación siguió siendo la de una mujer... En la mayor parte de las circunstancias como la mujer que era".²⁴ Ciertamente Simone se sabe y se siente mujer. Pero vive y actúa como si no lo fuera: "No me consideraba como una mujer: era yo misma." Quizá porque le parecía que la palabra *mujer* estaba cargada de un sentido negativo: ser secundario, ser en dependencia, degradado. Es mujer, pero quiere vivir y destacar como ser humano, no como mujer. Piensa que ser humano es más importante que ser mujer. No es feminista todavía: "el feminismo y la lucha de sexos carecía de sentido para mí" —dice—, pero quiere que se trate a la mujer como ser humano. Ella, Simone, como ser humano no se siente inferior a ningún hombre, más aún, se siente superior por su talento. Quiere ser única y estar por encima de cualquier clasificación. Es mujer, pero actúa como hombre; renuncia al matrimonio, pero no al amor conyugal; es casi esposa, pero esposa-soltera para conservar su libertad. Así entre femineidad y libertad opta por la libertad, aunque la femineidad quede ofuscada. Le parece que vale mucho más como escritora que como mujer. Por eso decide pasar a la posteridad como quien trajo a las mujeres un modo nuevo de entender —y sobre todo de vivir— la femineidad. Y afirma: "lo que distingue mi tesis de la tesis tradicional es que, según mi parecer, la

²⁴ *Ibid.*, p. 375.

femineidad no es una esencia ni una naturaleza: es una situación creada por las civilizaciones a partir de ciertos datos psicológicos". Incluso llega a decir: "la mujer no nace mujer, se hace. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la figura que reviste en la sociedad la hembrá humana; es el conjunto de la sociedad el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado que es calificado como femenino".²⁵ Y se lamenta de que en toda la historia la mujer no ha sido considerada como persona, sino como sexo. Si desaparece —opina— la desigualdad entre hombre y mujer, su encuentro, en un nivel de plena igualdad, vendría a ser el encuentro entre dos libertades.

5. *Libertad y fundamento*

Simone de Beauvoir, después de vivir en plenitud su libertad trató de darle un fundamento teórico. Había comenzado con una actitud, con una búsqueda existencial. Aun entonces teoría y praxis van juntas. Sólo que el pensamiento tiene menos relieve en Simone, menos pasión, menos vida que la praxis. No quería reducirse a contemplar el mundo, quería transformarlo. Para ello recurre a la filosofía —¿no era acaso su profesión? Quería justificar filosóficamente su vivencia de la libertad, su opción existencial. La vivencia quedaba en el nivel de la praxis, la fuerza de la razón calaba más profundamente en el plano teórico. Una mujer libre filosofa acerca de la libertad. Esa vivencia llevó a Simone a buscar su fundamento.

A pesar de que pretendió ser original, ser ella misma, su pensamiento filosófico tiene muy poco de original: es más bien un eco de la filosofía de Sartre. Y acepta ser "la gran sartreana". Es, pues, existencialista. ¿Renunció Simone a la originalidad filosófica sólo porque quiere identificarse más con Sartre o porque en realidad nada propio tiene que decir? ¿Se desprende de lo propio para dedicarse a difundir —y defender— el pensamiento de Sartre? ¿No podía hacer más? ¿*Chilo sa?* De cualquier manera el filosofar de Simone tiene como tema central la comprensión de la existencia humana en situación, cuyo núcleo es la libertad absoluta. De modo que el hombre ya no es el ser que tiene libertad, sino que *es* libertad. Así libertad y existencia coinciden. La libertad es la esencia del hombre. Y como la libertad es dinámica, el hombre tiene que trascenderse.

Sartre separa hombre y realidad, conciencia y ser, nada y ser. Sólo el hombre existe; las cosas son. El hombre existe como conciencia y libertad. El hombre es proyecto siempre, tiene que ir más allá de

²⁵ *El segundo sexo* (versión esp.), Buenos Aires, 1972, v. II, p. 13.

lo que es. Es *ser-para-sí*. Existir es venir desde la nada de ser e ir hacia la nada de contingencia. Existir es trascenderse. Simone parte de esta base sartreana para sus reflexiones antropológicas.

En *Pyrrhus et Cinéas* (1944) habla del hombre que siempre desea ir más allá y del que está consciente de que toda empresa humana está condenada al fracaso. Mejor dicho: en cada hombre hay estos dos personajes que luchan entre sí. Ser hombre es estar proyectando siempre, pero también es tener conciencia de que todo es inútil. Ser hombre es tender a la trascendencia. Pero es una trascendencia inútil porque la trascendencia humana no puede ir más allá del hombre mismo. Sólo se vive la acción constante en cuanto que la conciencia tiende a lo que ella no es. Pero este dinamismo, por un lado, no tiene fin, y, por otro, no alcanza lo que pretende. Es un movimiento sin fin y sin objeto definido. El hombre está condenado a la trascendencia porque jamás coincide con sus actos, pero también está condenado al fracaso porque "no es lo que es y es lo que no es". La trascendencia lo empuja a poseer lo absoluto, lo lleva a pretender ser dios, pero también sabe que no puede romper las cadenas de su contingencia. Nada humano puede ser duradero. Y Simone apunta: "Porque el hombre es trascendencia, jamás podrá imaginar un paraíso. El paraíso es el reposo, la trascendencia negada, un estado de cosas ya dado, sin posible superación. Pero en ese caso ¿qué haremos? Para que el aire sea respirable tendrá que dejar paso a las acciones, a los deseos, que a su vez tenemos que superar: tendrá que dejar de ser paraíso. La belleza de la tierra prometida es que ella prometía nuevas promesas. Los paraísos inmóviles no pueden prometer más que un eterno aburrimiento".²⁶ Lo importante es el dinamismo, la vida que no se detiene, la conciencia que nunca es idéntica a sí misma. La trascendencia es un eterno empezar.

La trascendencia —afirma Simone— antes se llamaba el absoluto y era Dios. El hombre ha pretendido llegar a Dios. Esto es absurdo porque el único absoluto es la libertad. Además, "si Dios existiera sería importante para guiar la trascendencia humana. El hombre jamás está en situación sino ante los hombres y esta presencia o esta ausencia en el fondo del cielo no le concierne".²⁷ La trascendencia es propiedad del hombre, no de Dios. Si él existiera acabaría con la libertad del hombre, acabaría con el hombre. "Si Dios es la infinitud y la plenitud del ser, no hay distancia entre su proyecto y su ser realidad, su voluntad es el fundamento inmóvil de su ser. Lo que quiere se hace, quiere cuanto es... Tal Dios no es una persona singular, es el univer-

²⁶ *Pyrrhus et Cinéas*, Gallimard, Paris, 1944, p. 257.

²⁷ *Pyrrhus et Cinéas*, p. 267.

sal, el todo inmutable y eterno. Y lo universal es silencioso... La perfección de su ser no deja ningún lugar al hombre porque el hombre no podría trascenderse en Dios si Dios ya está todo entero dado. En tal caso el hombre no es más que un accidente indiferente a la realidad del ser; está en la tierra como un explorador perdido en el desierto; puede ir a la derecha o a la izquierda, puede ir a donde quiera; jamás irá a ningún lugar y la arena cubrirá sus huellas".²⁸

Si Dios existiera, el hombre estaría hecho para cumplir la voluntad de Dios. Pero no hay modo de conocer esa voluntad porque el horizonte del hombre es este mundo. Por ello el hombre sólo se trasciende el seno de la inmanencia: "el hombre pretende trascenderse en Dios, pero él jamás se trasciende sino en el seno de la inmanencia".²⁹ Como Dios no existe, el hombre es el único que decide; cada quien es punto de partida y fin de sí mismo. "Nuestra relación con el mundo no está decidida de antemano. Nosotros somos los que decidimos".³⁰ Entonces la trascendencia no es más que el anhelo del hombre de llegar a ser él mismo Dios. Por lo que la trascendencia humana es utopía, finitud, es inmanencia. Es un juego al que está condenado el hombre. Es el absurdo de tener que partir siempre de nada para llegar a la nada. El hombre, a fin de cuentas, es absurdo, como en Sartre.

Si la libertad es la fuente de donde surgen todos los valores Simone tiene ya el fundamento de una moral —moral existencialista. El existencialismo es no tanto una filosofía del absurdo y de la desesperación, sino una "moral de la ambigüedad". Decir que la existencia es absurda es lo mismo que negar que tenga sentido; decir que es ambigua, es declarar que el sentido no está fijado de antemano, sino que en cada situación se debe conquistar. No hay que preguntar en abstracto "qué acción es buena y qué acción es mala": hay que decidir en cada caso de acuerdo con la propia experiencia.³¹ Por ello el existencialismo es la única filosofía en la que puede haber una moral.³² El primer principio de esta moral es la libertad absoluta: "quererse moral y quererse libre es una sola e idéntica decisión" ya que la meta suprema de la existencia es realizar la propia libertad.³³ El segundo principio es la liberación porque quererse libre es querer libres a los otros, es comprometerse a luchar por la liberación de los demás. Realizar la existencia equivale a amar la vida, es decir, obtener la sa-

²⁸ *Ibid.*, p. 268.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, p. 247.

³¹ *Pour une morale...*, p. 124.

³² *Cfr. ibid.*, p. 34.

³³ *Cfr. ibid.*, pp. 18, 25, 34.

tisfacción de todos los placeres,³⁴ en busca siempre de la mayor utilidad o del menor perjuicio en vistas al bienestar.

6. Feminista y escritora

Por ser mujer y porque desde muy temprano vio las condiciones en que vivían muchas mujeres en todo el mundo, Simone aprovecha su preparación literaria y filosófica para tratar el problema de la mujer. El feminismo —dice— no ha llegado al fondo del problema: la opresión a la que el hombre ha sometido a la mujer. Y debe ser liberada ya que no es considerada como ser humano, sino que ha quedado relegada a un segundo plano —*Segundo sexo*—, ha sido reducida a objeto sexual para satisfacción del hombre. El tema de la mujer aflora —de una manera o de otra— en toda la producción de Simone. Y protesta y grita porque quiere ver libre a la mujer. Ve como propio el problema de las demás.

Tres obras de Simone de Beauvoir destacan en la temática femenina: *Les bouches inutiles* (1945), *Le deuxième sexe* (1948-1949) y *La femme rompue* (1967). La primera es una obra de teatro —la única que publicó— en la que el tema se reduce a que la mujer, relegada por el hombre a las funciones biológicas, es un estorbo, una boca inútil que hay que alimentar y que no produce nada culturalmente hablando. La segunda es un ensayo —y es su mejor obra: “es el libro más importante entre los escritos en todos los tiempos sobre la mujer”, Buytendijk, *La femme*, 25— expresa que la mujer, oprimida por el hombre, ha vivido su condición de hembra como ser en dependencia, como *segundo sexo*. La tercera es una novela en la que describe a la mujer resignada a cumplir sus papeles de esposa y de madre —es decir su femineidad—, pero al paso del tiempo advierte que todos sus esfuerzos y sacrificios no han servido de nada, que su vida al final se le rompe en mil pedazos: es una mujer rota.

El segundo sexo causó gran impresión, incluso escándalo. Ella dice: “Las derechas no podían sino detestar mi libro”; las izquierdas no aceptaban su tesis porque despreciaba la maternidad, proclamaba la libertad sexual, defendía el aborto. Por supuesto no faltaron personas que acogieron bien el libro. Actualmente ese libro sigue conservando interés. Ya no escandaliza. Porque se comprende mejor el problema. Muchas mujeres han ido más allá que Simone. Pero a ella le corresponde el mérito de haber sido una de las primeras y, sobre todo, de haber tratado a fondo el tema y de manera coherente con su filosofía. Y dice: “A fin de cuentas, entre todos mis libros, éste es el

³⁴ Cfr. *ibid.*, p. 130.

que me ha dado más satisfacciones.” No quiere que la cuenten entre las *feministas*. Pero ayudó en gran manera a que las mujeres tomaran conciencia de su situación y lucharan por sus derechos.

Simone pretendió ser una gran escritora. Y lo fue. A sus grandes dotes se unió la mano experta de Sartre. Confiesa: “Era la primera vez en mi vida que me sentía intelectualmente dominada por alguno”.³⁵ Su abundante obra literaria se puede catalogar así: 1) novelas: *L'invitée* (1943), *Le sang des autres* (1945), *Tous les hommes sont mortels* (1946), *Les mandarins* (1954), *Les belles images* (1966), *La femme rompue* (1968); 2) ensayos: *Pyrrhus et Cinéas* (1944), *Pour une morale de l'ambiguïté* (1947), *L'Amérique au jour le jour* (1948), *L'existentialisme et la sagesse des nations* (1948), *Le deuxième sexe I y II* (1948-1949), *Privileges* (1955), *La longue marche* (1957), *La vieilleuse* (1970); 3) memorias: *Mémoires d'une fille rangée* (1958), *La force de l'âge* (1960), *La force des choses I y II* (1963), *Une mort très douce* (1964), *Toute compte fait* (1972); 4) teatro: *Les bouches inutiles* (1945); 5) testimonios: *Djamila Boupache* (en colaboración con G.H., 1962), *La cérémonie des adieux* seguido de *Entretiens avec Jean-Paul Sartre* (1981).

7. Conclusión

Ante la imposibilidad de analizar en unas cuantas páginas la rica, fecunda y polifacética personalidad —humana, filosófica y literaria— de la mujer excepcional que fue Simone de Beauvoir, basten estas pocas pinceladas para tener una imagen de la compañera de Sartre y defensora acérrima de los derechos de la mujer. La pasión que puso en su vida y en sus escritos contagió, en todo el mundo, a muchas mujeres que encontraron en ella un modelo y una inspiración.

Simone de Beauvoir ha muerto. Ahora vive en la historia. Así lo deseó durante su vida. Su deseo se ha cumplido. Para unos su mayor mérito es haber sido la amiga inseparable —o al menos la más constante— de Sartre. Otros pensarán que su valor estriba en haber sido una de las primeras feministas —quizá la más lúcida— y haberlas convocado para la lucha. Habrá bastantes personas que destaquen sus méritos literarios. Ciertamente los tuvo —tantos que recibió el codiciado premio Goncourt—, pero ¿son tantos que opaquen las otras facetas de su rica personalidad? Tal vez no sean muchos los que insistan en su filosofía. La tuvo, es verdad, pero en tono menor, como en sordina. Y aunque discutía filosóficamente con Sartre, a la hora de escribir se ve que la filosofía de Simone es un reflejo, o una explicación, o una prolongación, o una defensa, de la filosofía sartreana.

³⁵ F.J.J. Buytendijk, *La femme*, Paris, 1953, p. 25.

El tema fundamental de la actividad intelectual, literaria y social de Simone fue la mujer. Pensaba que para rescatar a la mujer era preciso devolverle su libertad. Pero una libertad total: una libertad condicionada —opina— deja de ser libertad. Al mundo que se derrumba, construido por los hombres, hay que oponer un mundo nuevo, no construido por las mujeres, sino por ellas y por los hombres, iguales en todo, especialmente en su dignidad humana. Y sólo desde la libertad total, proyectada hacia el futuro, surgirán la trascendencia auténtica y el éxito. Para lo cual es necesario que hombres y mujeres en correlación asuman su tarea humana. Porque vivimos en un mundo en el que lo único importante son los hombres.

El mensaje de Simone de Beauvoir, plural en la forma y único en el fondo, es vida real transmitida, con valentía y belleza al mundo femenino. Porque hundió sus raíces en la propia experiencia. Ella trató de vivir en plenitud la libertad como esencia humana. Y la defendió con pasión. Y la llevó hasta el extremo. Por eso su estilo es directo, tajante, irónico a veces y molesto. Simone no sabe de medianías. Su lema era: o todo o nada. Y su mensaje tuvo acogida. Luchó por una gran causa —la de la mujer. Y lo hizo con originalidad y con valor, en ocasiones con prestancia. Trató de crear conciencia de que la mujer es un ser humano y no un objeto sexual, no una hembra para disfrute del macho, no un segundo sexo. Verdad elemental, pero casi siempre olvidada. Y Simone apuntó la solución: no desde el punto de vista del varón, sino desde la vida y la experiencia de la mujer como ser humano. El hombre es el que ha errado el camino. El es el que se ha equivocado al convertir a la mujer en esclava.

Pero el radicalismo de Simone es cuestionable: carece de base ontológica y es un reduccionismo. El hombre se reduce a existencia y la existencia se reduce a libertad. Libertad absoluta, total, que se devora a sí misma sin fundamento y sin verdadera trascendencia. Dios queda eliminado para que el hombre sea libre; la naturaleza desaparece para que surja la libertad. Todo se funda en ella, pero la libertad así o es suprahumana o es inconsistente. Libertad es soledad. Porque, en todo caso, “el hombre fundamentalmente es deseo de ser Dios” (Sartre). Esa es su “pasión inútil” que se extravía por los “caminos de la libertad”. Y queda la libertad sola, entre el riesgo y la aventura, entre la angustia y la desesperación.

Ha muerto Simone de Beauvoir. Ella, como casi todos los humanos, tuvo miedo a la muerte. Así lo confiesa: “La muerte me asustó desde que comprendí que yo era mortal.” Buscó olvidarse de ella viviendo como de prisa. Pero al mirar hacia el pasado se angustia por el hecho de tener que desaparecer. Y dice: “...detesto como lo he he-

cho siempre el tener que desaparecer”.³⁶ No se arrepiente de haber vivido como vivió y reconoce con orgullo: “Estoy satisfecha de mi destino y no lo quisiera cambiar en nada. En su conjunto mi destino ha sido afortunado.” Vivió la libertad como quiso. Y, sin embargo, no pudo menos que preguntarse: “La libertad ¿para qué?”.³⁷ Para nada. ¿No hay en esa frase una confesión de fracaso? ¡Tanto luchar y luchar, para nada! Simone rechazó todo fundamento porque ella pensó que era su propio fundamento. Su vida fue avidez inagotable de libertad. ¿Búsqueda sin encuentro? Una vida condenada a la libertad y a ser conciencia que nunca coincidiría consigo misma. Por eso afirma: “Toda búsqueda del ser está ábocada al fracaso. Pero hasta el mismo fracaso puede ser asumido. Cuando uno renuncia al sueño de hacerse Dios, puede darse por satisfecho simplemente con existir”.³⁸ ¡Tanto esfuerzo para llegar a contentarse simplemente con existir! Por otra parte, en *Les mandarins* confiesa con palabras de uno de sus personajes: “Cuando niña creí en Dios... (más tarde) Dios se convirtió en una idea abstracta... y un día lo borré. Jamás he hechado de menos a Dios: él me robaba la tierra. Pero un día comprendí que al renunciar a Dios me había condenado a muerte”.³⁹ Simone, sin embargo, quiere permanecer fiel a su decisión y asume la actitud de Sartre para quien “el ateísmo es una empresa cruel y larga: creo haberla llevado hasta el fin”. La adolescente Simone de Beauvoir negó a Dios para afirmarse a sí misma. Y se planteó el dilema: o Dios o yo. Y llevó su decisión hasta las últimas consecuencias.

Ha muerto Simone de Beauvoir. Cuando lo supe recordé las frases que escribió en *Une mort très douce*: “Duro trabajo, morir, cuando se ama tan fuertemente la vida”;⁴⁰ “Mamá amaba la vida como la amo yo y experimentaba ante la muerte la misma rebelión que yo”⁴¹ ... le decían. Y cuando algunos pretendían animarla ante el temor a la muerte y le decían: “desaparecer, eso no es nada, vuestra obra quedará”, ella dice: “a todos ellos les respondía dentro de mí que ellos se equivocaban... Que se le imagine celestial o terrena, la inmortalidad, cuando se está tan apegado a la vida, no consuela de la muerte”...⁴² Simone de Beauvoir ha muerto. Y cómo vienen a la mente sus palabras: “No hay muerte natural: nada de lo que acontece al hombre jamás es natural puesto que su presencia pone al mun-

³⁶ *La force des choses*, Gallimard, Paris, 1963, II, p. 507.

³⁷ *La force de l'âge*, p. 9.

³⁸ *Tout compte fait*, Paris, 1972, p. 34.

³⁹ *Les mandarins*, Gallimard, 1945, pp. 26-27.

⁴⁰ *Une mort très douce*, Gallimard, Paris, 1964, p. 113.

⁴¹ *Ibid.*, p. 132.

⁴² *Ibid.*

do en cuestión. Todos los hombres son mortales: pero para cada hombre su muerte es un accidente y, aunque se le conozca y consienta en ella, una violencia indebida”.⁴³ Simone ya pasó por este accidente y por la violencia que tanto amarga nuestros días.

Ha muerto Simone de Beauvoir, la extraordinaria mujer que supo hacer de la rebelión un camino hacia la libertad.

⁴³ *Ibid.*, p. 152.